

7.º Domingo de Pascua C



Señor Jesús, recibe mi espíritu. (Hch 7,59)

Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 7,55-60

En aquellos días, Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijó la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo: – Veo el cielo abierto y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios.

Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y como un solo hombre se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los presentes, dejando sus capas a los pies de un joven llamado Saulo, se pusieron también a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación: – Señor Jesús, recibe mi espíritu.

Luego, cayendo de rodillas, lanzó un grito: – Señor, no les tengas en cuenta este pecado.

Y con estas palabras expiró. Y Saulo aprobaba aquel asesinato.

Segunda lectura

Apocalipsis 22,12-14.16-17.20

Yo, Juan, escuché una voz que me decía: Mira, llego en seguida y traigo conmigo mi salario, para pagar a cada uno su propio trabajo. Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin. Dichosos los que lavan su ropa, para tener derecho al árbol de la vida y poder entrar por las puertas de la ciudad. Yo, Jesús, os envío mi ángel con este testimonio para las Iglesias: "Yo soy el renuevo y el vástago de David, la estrella luciente de la mañana".

El Espíritu y la novia dicen: ¡Ven! El que lo oiga, que repita: ¡Ven! El que tenga sed y quiera, que venga a beber de balde el agua de la vida. El que atestigua esto responde: "Sí, vengo en seguida". – Amén. ¡Ven, Señor Jesús!

Evangelio

Juan 17,20-26

En aquel tiempo, levantando los ojos al cielo, Jesús dijo: – Padre santo, no solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que

todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también lo sean en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. También les di a ellos la gloria que me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y los has amado como me has amado a mí.

Padre, éste es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo. Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer y les daré a conocer tu Nombre, para que el amor que me tenías esté en ellos, como también yo estoy en ellos.

Meditación

Es la última parte de la oración sacerdotal de Jesús. En ella la referencia son todos aquellos que, a lo largo de la historia, creerían en Jesús a través de la palabra de los discípulos. Petición por todos los creyentes. Para ellos se pide también la unidad. Unión y unidad semejantes a las que existen entre el Padre y el Hijo; más aún, participante de la unidad divina.

Como el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, también los creyentes deben estar en ellos, para que el mundo crea que Jesús es el enviado del Padre. Unidad, que es posible únicamente por el amor. Es la forma como una persona puede estar en otra. El amor y la obediencia, la realización de la voluntad del Padre.

Yo les he dado tu gloria... para que sean uno. El lenguaje es distinto al nuestro y nos resulta misterioso. La gloria es Dios mismo en cuanto se manifiesta. La gloria de Dios, Dios mismo, se ha manifestado plenamente en Cristo. Y Cristo comunica esta gloria a los creyentes. Los creyentes se hallan así asociados a la gran familia de Dios. El resultado se describe como el de una inhabitación mutua.

La encarnación de Dios en Cristo y en los creyentes – la manifestación de la gloria de Dios – debe ser un argumento de credibilidad para el mundo. El mundo únicamente creerá en Dios cuando lo vea próximo en aquéllos que lo testifican – en quienes ha sido manifestada su gloria, utilizando el lenguaje joánico.

Partiendo de este concepto de la gloria es posible entender la petición siguiente: "para que vean mi gloria"; la fe en Cristo es presentada como participación en su gloria, participación en la filiación divina a través de la fe.

Padre justo. La calificación del Padre como justo es necesario verla desde la distinción que ha sido hecha entre el mundo y los discípulos. El mundo no ha conocido a Dios; los discípulos lo han conocido.

Todo el discurso es un esfuerzo de penetración y explicación del modo como Jesús se hace presente en sus discípulos después de la muerte y la resurrección. Se ha dicho que algo del cielo es comunicado a los creyentes ya en su vida en la tierra. El mundo de arriba se acerca al de abajo, irrumpe en él, llega a penetrarlo. ¿Cómo es posible? La realidad resulta demasiado misteriosa e inabarcable para el hombre. Fue una realidad en Jesús y, con la debida distancia, quiere afirmarse lo mismo de los creyentes.

Las afirmaciones pretenden describir la transformación de la vida por la influencia de la Vida, del mundo de arriba o el de Dios. El ser humano en su existencia terrena puede tener la experiencia de Dios.

Particularmente a través de la participación en el misterio de Cristo. Experiencia de Dios como la culminación del discipulado cristiano. ¿O es el discipulado cristiano la culminación de la experiencia de Dios? Es como la petición última de Jesús por sus discípulos: "que donde esté yo, estén también ellos conmigo, para que vean mi gloria".